

Fábula de Cyrano

Fernando Sánchez Zinny

Feo como era, Cyrano poseía, en compensación, el infortunado don del canto. Era justo que así fuese, que recibiera ese equívoco consuelo a cambio de la cruz que llevaba, pues su nariz inmensa y monstruosa lo convertía en un individuo absurdo y llamativo y la tristeza del alma, la rudeza de hábitos, lo corto de sus bienes, la extravagancia de su genio y aun lo confuso y variado de sus conocimientos lo apartaban, irremisiblemente, del mundo.

Tampoco era joven y aunque a veces se mostraba arriesgado hombre de armas, las sucesivas frustraciones le habían quitado ánimo y ensombrecían las palabras que ofrecía para justificar su paso por este andurrial, a la vez despiadado y entrañable: así, también siguiendo el atajo lírico, para él el camino se reducía pronto a calle y ésta a callejón y el callejón se cortaba ante tapias sórdidas y extensos tremendales.

Un día halló a Roxana y su corazón creció hasta la exaltación y su esperanza bajó hasta la insignificancia. ¿Cómo no cantar ese rostro angélico, esos ojos imperiosos y misteriosos, tanta ternura inenarrable? ¿Pero cómo cantar con esa voz áspera y vacilante, con esa fealdad de sapo, con esa antipatía esencial que concluía por recluirlo en el cubil de las limitaciones invencibles? –No lo haré, no lo haré, se dijo. Que lo hagan los felices, los hermosos, los que realmente pueden competir por merecer suspiros y sonrisas. Galantes caballeros, jóvenes y apuestos y duchos en fiestas y en danzas, debían venir y no el maltrecho soldado y poeta, y sí, así fue. Pero uno de esos mozos –“buen mozo”, pensaba hasta con envidia– se encontró de pronto sin palabras para expresar su amor y casualmente se las pidió prestadas a ese narigón ridículo.

Los versos más dulces, más profundos y más sinceros, tuvieron, entonces, labios dignos de decirlos. Y Roxana los escuchó y los amó, y amó a quien los decía. Y el poeta sintió esta vez caer su corazón a la más penosa hondonada y, a la vez, elevarse su espíritu hasta el cielo más pleno: la mujer amada amaba a otro y eran sus palabras las que la habían enamorado, las que habían vencido los muros de aquel maravilloso desdén.

Cuenta la historia que, al cabo de los años, Roxana supo quién era el autor de los versos y se lo dijo: –Eras tú, Cyrano... Pero es éste un añadido sin importancia que posiblemente sólo se haya introducido para ilustrar que igual que la belleza, también la fealdad se diluye con el paso del tiempo. Más de atender es la otra moraleja: la poesía se había hecho libre, había volado lejos de la jaula que le preparaba su autor, había servido, siquiera, para hacer feliz a una pareja. Por lo demás, Cyrano nada pedía, nada esperaba; tampoco nada le correspondía.